

FILOLOGÍA, DIDÁCTICA, COMUNICACIÓN. NUEVO CAUCE PARA NUEVOS TIEMPOS.

MANUEL ÁNGEL VÁZQUEZ MEDEL

CATEDRÁTICO DE LITERATURA ESPAÑOLA (LITERATURA Y COMUNICACIÓN)

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Durante más de tres décadas de existencia, la revista *Cauce* ha canalizado flujos muy diversos de conocimiento en el ámbito de la Lengua, la Literatura y sus Didácticas, fiel a su amor por la palabra -que no otra cosa significa *filología*- y por la educación, a través de la cual forjamos lo humano. Ahora, cuando se plantea un punto de inflexión para profundizar y actualizar sus contenidos, desea mantenerse fiel a su propio dominio del saber, pero también enriquecerlo.

No se trata de ningún giro radical: basta repasar sus miles de páginas para descubrir un constante interés por relacionar los estudios lingüísticos y literarios con las realidades culturales y artísticas con las que están inseparablemente unidos. Pero un hecho indudable se nos impone: en el siglo XXI la palabra circula, más que nunca, a través de los medios de comunicación y de las nuevas redes, que se están convirtiendo en un depósito de memoria sin precedentes en la historia de la humanidad. Por ello ya no es posible abordar la lengua y la literatura al margen de los procesos de interacción comunicativa de que forman parte, ni resulta razonable ignorar las complejas dinámicas de hibridación con otras expresiones no verbales, que marcan la hora presente. Porque, ¿no es cierto que, como ya sostenía Fernando Lázaro Carreter, los modelos lingüísticos de nuestra sociedad no son los grandes escritores, sino la prensa, la radio y la televisión? ¿No es verdad que, como afirmaba Niklas Luhmann nuestra sociedad es una compleja red de comunicaciones, que «los sistemas sociales no están conformados por hombres ni por acciones, sino por comunicaciones»? ¿No ha confirmado el tiempo esa intuición de Francisco Ayala de que el primer poder del Estado -en conexión con los poderes económicos fácticos- es ya la red compleja constituida por los medios de comunicación?

Hace no mucho indicaba en uno de mis ensayos que el mayor *signo de los* profundos *cambios* en que nos encontramos insertos es el propio *cambio de los signos*. Esto es: si cada época se caracteriza por una determinada *economía simbólica*, la nuestra ha entrado en unas dinámicas de inflación realmente desconocidas, cuyas consecuencias es difícil predecir. Tal vez, como afirma Giovanni Sartori, el giro desde lo logocéntrico o verbocéntrico a lo iconocéntrico (sobre todo, lo icónico-visual) nos conduzca desde el *homo sapiens* al *homo insipiens*, al revertir la dinámica que nos lleva a transformar lo visible en inteligible y, con ello, corremos el riesgo de quedar atrapados en la superficie y en la

intrascendencia de imágenes autorreferentes en la sociedad del espectáculo (Debord) y del simulacro (Baudrillard). Pero también, en estos diagnósticos, es más prudente no ser apocalípticos ni integrados: ni aceptar de modo acrítico las nuevas dinámicas culturales (que en muchos casos son más bien de *desculturación* –aunque esta palabra no esté en el diccionario- y nos puedan conducir a nuevas barbaries), ni pensar que las transformaciones en que estamos insertos –y que no son sino la prehistoria de cambios más profundos- sean la causa de todos los males y nos conduzcan al abismo. Y, sobre todo, mantener siempre viva la *esperanza*.

Precisamente por todo ello, *Cauce* desea abrirse al mundo de la comunicación –en el que, por otra parte, ya estaba- y someter al tamiz del pensamiento crítico estas grandes cuestiones. Al fin y al cabo, a pesar de ser muy cierto que en el principio de lo humano ha sido (y es) la palabra, ella misma es respuesta a más altas necesidades de comunicación y de conocimiento. No es un fin en sí misma, sino un *cauce* que permite la conformación y la canalización de lo más esencialmente humano: nuestro pensamiento, nuestro sentimiento y nuestras pautas de acción.

La palabra, por otra parte, rara vez aparece sola: forma parte de una compleja red de interrelaciones con otros signos no-verbales, y nunca como ahora ha sido tan necesario incrementar las competencias para impulsar lecturas *multimodales*, que implican otros códigos y sistemas de comunicación. El gran reto que está en la base misma de la educación es hacer lectores competentes: lectores de palabras, de imágenes, de gestos y de acciones; lectores del mundo de la vida, capaces de captar el significado y el sentido de diferentes discursos, y que nunca terminan de mejorar su capacidad abierta y progresiva para analizar, interpretar y valorar adecuadamente el *texto* del mundo.

Y no podemos olvidar la vocación que nos lleva constantemente a reflexionar sobre las dinámicas educativas, tanto formales como informales. De los tres grandes pilares en que se funda la construcción de lo humano, a saber: el entorno familiar, el sistema educativo y el sistema de medios y de comunicaciones no formalizadas, es este último el que mayor incidencia tiene en la actualidad en la forja no sólo de conocimientos, sino – y sobre todo- de creencias, valores e intereses. Ya no es posible planificar la nueva escuela al margen del sistema de medios. Una vez más la conexión entre comunicación y educación, entre filología, didáctica y comunicación, se sitúa en primer plano.

Tanteando en la tiniebla estamos forjando una nueva *episteme*, nuevos espacios del conocimiento que deben superar la unidisciplinariedad de la ciencia moderna hacia los fecundos ámbitos de la multidisciplinariedad de la transmodernidad. Por supuesto, hemos de evitar esas imposturas intelectuales de que hablaban A. Sokal y J. Bricmont. Pero también debemos intentar superar compartimentaciones que nada tienen que ver con la realidad, que es esencialmente compleja (E. Morin), y contribuir a la unidad de los saberes (esa *consilience* de que habla Edward O. Wilson, remitiéndose a William Whewell), un «saltar juntos» del conocimiento mediante la conexión de sucesos y de teorías basadas en hechos de varias disciplinas, para crear un terreno común de explicación.

Ese terreno común, más allá de límites y fronteras, en que se está forjando el nuevo rostro de lo humano es el que nos proporciona una comunicación abierta y no impositiva. Y ese ámbito exige miradas nuevas en nuestras indagaciones. Más desde una *acción comunicativa* (J. Habermas) orientada al diálogo y al entendimiento, abierta a la diferencia y al disenso, que desde una acción estratégica y teleológica guiada por la dinámica de la imposición.

Nuestra función social como investigadores nos exige estar atentos a los signos de los tiempos y dar respuestas a las necesidades de la hora presente. No nos podemos limitar a un incremento lineal –y a veces sin sentido– de la información que producimos (muchas veces, más «ruido» que clarificación); hemos de contribuir a una necesaria «digestión» que transforme los flujos incontrollables de información en conocimiento vivo, crítico y creativo, relacional, articulado. Y hemos de poner ese conocimiento al servicio de la vida, transformándolo en saber compartido y aplicado, en sabiduría.

Nuestro amor por la palabra, que fundamenta la dimensión filológica, y por la didáctica y la socialización del conocimiento (también de valores y pautas de conducta) a través de interacciones educativas, exige en la hora presente un enfoque *comunicacional*. Porque esta perspectiva es una de las sólidas bases de la nueva *episteme* en conformación, desde el convencimiento de que, en el Universo al que pertenecemos, todo comunica y se comunica.

Integrar esa dimensión nuclear de la *comunicación* en los estudios filológicos y de didáctica de la lengua y la literatura no es, sin más, establecer una yuxtaposición o una ampliación de contenidos. El reto es, precisamente, enriquecer mutuamente los estudios sobre comunicación con los fundamentos sólidos de la filología y la moderna didáctica, al tiempo que insertamos una nueva óptica y más amplios objetos de estudio desde esta dimensión comunicativa.

No podemos echar vino nuevo en odres viejos. Necesitamos nuevos cauces y nuevos contenedores para un conocimiento comprometido con la vida.

Hoy sabemos que, sin cuestionar sus extraordinarias aportaciones, la ciencia moderna procedió de un modo fragmentario que en nuestros días hemos de superar. No es momento de levantar –ni en nuestros territorios reales ni en los simbólicos y mentales– muros ni fronteras, sino de establecer puentes y propiciar el contacto fecundo de las ciencias sociales con las humanidades, y de estas ramas del saber con el resto del sistema científico. Éste es el reto, y esta publicación quiere ser un cauce abierto para que por ella circulen nuevas propuestas orientadas a la construcción de un mundo nuevo, que es posible y que ya resulta urgentemente inaplazable. Un mundo en el que el equilibrio, la *homeostasis* y la sostenibilidad no sólo estén presentes en el medio ambiente y en la naturaleza de la que formamos parte, sino que también se extienda hacia nuevas ecologías mentales, nuevas ecologías sociales y nuevas ecologías en ese *tercer entorno* en el que nos relacionamos cada vez más con nuevas tecnologías de la información y del conocimiento. Desde luego, en este reto no pueden faltar las guías que nos proporcionan la filología, la

didáctica y las ciencias de la comunicación.

Los modelos de la comunicación nos han enseñado a identificar con claridad cada uno de los factores que se ponen en juego en cualquier interacción comunicativa. Y en nuestros días estamos llamados a cambiar todas y cada una de las dinámicas en juego. Edgar Morin ha identificado muy bien *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*: I. Superar las cegueras del conocimiento, el error y la ilusión, a través del conocimiento del conocimiento; II. Desarrollar los principios de un conocimiento pertinente, capaz de abordar los problemas fundamentales de manera contextualizada; III. Enseñar la condición humana en todas sus dimensiones (físicas, biológicas, psíquicas, culturales, sociales e históricas); IV. Enseñar la identidad terrenal, planetaria, porque formamos parte de una misma comunidad de destino; V. Afrontar las incertidumbres, dotándonos de principios y estrategias que permitan hacer frente a lo inesperado; VI. Enseñar a comprender, activando las competencias hermenéuticas desde el principio de alteridad; y VII. La ética del género humano como horizonte educativo. Que estos siete principios inspiren la nueva andadura de esta publicación.



CAUCE

Número 32 (2009)

